

1

Ceremonia Inaugural del Primer Congreso de Etica Médica, "Respeto y Promoción de la Persona Humana en la Medicina Moderna". Salón de Honor, julio 26, 1988.

Prólogo

El problema del respeto al hombre se ha hecho trágicamente urgente en nuestro siglo. Registramos por un lado, una convicción cada vez más arraigada de que en ese respeto radica la condición de una vida verdaderamente humana, y por otro lado la evidencia de que en nuestra época se han consumado algunas de las más atroces y sistemáticas violaciones de ese respeto de las que tenga memoria la humanidad. Aún más, existe una mala conciencia de que la vida cotidiana de la humanidad está impregnada de un desdén hacia lo más profundamente valioso del hombre, y que es como el sino de nuestra época, el no ser capaz de asumir en los hechos lo que se le ha hecho tan claramente presente en las ideas. Por eso, al responder a la amable invitación que se me hizo de inaugurar este Congreso, invitación que agradezco muy de veras, me gustaría señalar que el tema del respeto a la persona humana en Medicina, es inseparable de la noción sobre el hombre en la civilización contemporánea.

Por otra parte y sin embargo, sigue siendo verdad que la Medicina es un sitio privilegiado de encuentro con el hombre, y que lo que desde ella se ha pensado sobre este, ha sido determinante en la historia de la cultura. Creo que, nacida de una visión de la naturaleza del hombre, la Medicina toca hoy mejor que muchas otras actividades a su misterio y a sus límites, y que desde ella se puede ayudar de modo muy efectivo a corregir extravíos espirituales que, más que ningún peligro material, son una amenaza para la humanidad.

Me gustaría apuntar primero a la relación inicial de la Medicina con la Etica, revisar luego dos corrientes espirituales de nuestro tiempo que a mi parecer oscurecen la condición humana, y por lo tanto la posición del médico, y finalmente insinuar cuál es la fuerza liberadora que se desprende de la noción de persona humana y de la de su dignidad.

Nuestra medicina se originó en una comunidad que ejercía el arte de curar y cuyo recuerdo está contenido principalmente en los llamados escritos hipocráticos, obra de autores diversos, que los elaboraron en un largo período. Ellos le imprimieron al arte médica un sello peculiar, del cual quiero recordar dos grandes rasgos.

El primero, es la entrada de una racionalidad sistemática en la medicina, lo que tiene lugar bajo la influencia de la física jónica, la cual parece haber sido decisiva para separar la práctica de la medicina de las fórmulas rituales, y para constituir la en un cuerpo científico. Todos los pueblos han ejercido el arte de curar. Pero es entre los griegos donde este aparece revestido de formas científicas.

El segundo rasgo, es el de una búsqueda tenaz de la identidad de la medicina para que ella no se deje sumergir por esta influencia de la física. La tendencia de ésta iba hacia explicaciones monistas, por un solo principio, de todas las cosas, así se tratara del aire, el fuego, o el agua. Es esta tendencia la que a través del pensamiento de Parménides echará las bases de la metafísica griega, y de toda la filosofía occidental. Pero la escuela hipocrática, se resiste a esta interpretación, y mira al hombre como un compuesto, formado por la interacción de múltiples principios, y por la interacción con toda la naturaleza. Así en el escrito llamado "La naturaleza del hombre", encontramos: "No propongo la idea de que el hombre consista totalmente de aire, o de fuego, o de agua, o de tierra, o de cualquier cosa que no esté

3

presente en él en forma evidente"...Hay muchos medios para la curación, porque en el cuerpo están presentes muchas cosas que por su acción recíproca engendran la enfermedad cuando contra la naturaleza se calientan o enfrían, o se hacen secas o húmedas"

No sólo los principios internos tienen su sitio en esta medicina, sino los vientos, el curso de los astros, el aire, el clima, y sobre todo los alimentos. En el escrito "Sobre la regulación de la forma de vida", dice " quien quiera hablar rectamente sobre la forma de vida del hombre, debe primero conocer y observar perfectamente la naturaleza del hombre...y además la acción de todos los alimentos y bebidas.. y luego el ascenso y descenso de los astros..."

Más que una Medicina en el empobrecido sentido de hoy, esta es una ciencia del hombre sano y del hombre enfermo. Esta actitud obedece a la conciencia de que a través de la medicina es la naturaleza la que está actuando "Porque cuando alguien le pide a un arte que haga algo para lo cual no fué discurrida, o a una naturaleza, algo para lo cual no fué hecha, esta ignorancia es más bien delirio que simple falta de conocimientos..."Esta fidelidad a la naturaleza lleva a uno de los escritos a poner como señal del médico digno de alabanza, el que no atienda a los enfermos cuya enfermedad sea por naturaleza incurable. Así pues, más que a fundarse en un solo principio, el arte médica se orienta hacia el descubrimiento del adecuado equilibrio entre principios diversos, pensando que la salud es expresión de ese equilibrio, y la enfermedad, de su ruptura.

Curiosamente, esta noción de equilibrio, bajo el aspecto de justa medida, o de justo medio, parece haber sido decisiva en la formulación del pensamiento ético de Aristóteles. (W. Jaeger). Esto ilumina una relación muy originaria entre la Medicina y la Ética, y nos recuerda que, aun siendo la medicina hipocrática, fundamentalmente empírica, y orientada a la acción práctica de curar el cuerpo, ella está gobernada por un principio rector que es propio de una verdadera sabiduría, una sabiduría sobre el cuerpo humano, y que el principio del justo medio o de la medida adecuada, la enlaza con todas formas en que el espíritu griego honró al cuerpo humano, en el arte, la música o la gimnasia.

Esta es la concepción original de la medicina en Occidente. Hoy queda poco de eso, de una sabiduría sobre el cuerpo, y ciertamente que nos parece a cada instante, que quedara demasiado poco. Hay una tendencia a culpar de esta deshumanización o desnaturalización de la medicina a las máquinas, a los instrumentos, pero nos olvidamos de que las máquinas no hacen más que lo que los hombres hacen con ellas. Más importantes que ellas son algunas actitudes que han oscurecido nuestra noción de hombre, y hacen muy difícil comprender lo que es una persona humana. De estas actitudes, escojo dos que me parecen importantes, y que están estrechamente vinculadas entre sí.

La primera, deriva de una valoración unilateral del método científico. Este procede por la formulación de hipótesis y su verificación experimental. La hipótesis que no resiste al experimento es descartada. La consecuencia inmediata es que el conjunto de las teorías científicas va configurando un sistema adecuado a predecir el comportamiento de la realidad, y por lo tanto a controlarla y utilizarla. Esta forma de dominio sobre la naturaleza tiende a su vez a establecer como criterio preferente y luego único de verdad, el de la verdad establecida por el experimento. La verdad es así una forma, una instancia en un proceso de dominio de la realidad. Y toda la realidad es accesible a esa metódica, lo que significa en último término que también lo es el hombre, y que el conocimiento verdaderamente válido sobre el hombre es el que deriva del método hipotético-experimental.

El conjunto de la realidad se transforma en material abierto a la elaboración de acuerdo con las leyes que se van estableciendo en su estudio. Y esta forma de comparecer el ser de las cosas como material elaborable, es lo que propiamente podemos llamar materialismo. Esta sola forma de considerar las cosas deja por cierto un gran vacío, porque del hecho de que cada cosa pueda ser satisfactoriamente abordada por el método experimental no se deduce en absoluto que la totalidad de las cosas lo sea. Sin embargo, siempre puede pensarse que la noción misma de totalidad es una ilusión, y que el método científico puede ser muy insuficiente, pero es el único seguro, y que más allá de él sólo existe el mundo de los afectos o preferencias del sujeto, mundo necesariamente incierto, desprovisto de rigor y consistencia.

Naturalmente que en esta perspectiva, el hombre es un objeto más, y cualquier pregunta rigurosa por su naturaleza carece por entero de sentido, en la medida en que ella no sea susceptible de una respuesta verificable experimentalmente. Nadie puede discutir el enorme progreso que ha sobrevenido a la medicina por la aplicación del método científico experimental. Pero cuando se llega al extremo que he descrito, ocurre que todo lo que puede llevarse a cabo como pregunta o como verificación del comportamiento natural es igualmente indiferente, y que la valoración ética de una conducta pierde significado. Estrictamente, esto no parece una actitud vivible, ya que cada hombre, que es en principio un objeto, rehusa absolutamente aceptar esa interpretación de su existencia, que es como una negación de sí mismo.

Por eso es que un materialismo simple, de corte positivista, no es fácil de formular de modo consecuente, y se lo encuentra más comúnmente insertado dentro del otro de los conjuntos de ideas-fuerza al que me quiero referir, que ejerce aun hoy mucha influencia y que se parece mucho al nihilismo tal como este fué planteado por Nietzsche.

En un pasaje famoso de la *Gaya Ciencia*, Nietzsche denuncia la inconsecuencia de la misma ciencia, que carecería de cimientos sólidos, por estar ella basada sobre una fe, la fe en que el mundo está efectivamente ordenado, y ofrece por lo tanto alguna forma de verdad alcanzable; y por estar basada en una moral, o sea en la prescripción de que esa verdad exige ser veraz consigo mismo y "no dejarse engañar". Pero (FW 90) "por qué no engañar?...cuando parece que la vida está hecha de error, engaño, falsificación, deslumbramiento, autoengaño...por lo que un principio destructor y enemigo de la vida, la voluntad de verdad, podría ser una voluntad oculta de muerte. ¿ Para qué tener una moral, cuando la vida, la naturaleza, la historia, son inmorales?...el hombre veraz en ese último y perverso sentido en que lo exige la fe en la ciencia, da su asentimiento a otro mundo, que no es el de la vida, la naturaleza y la historia, y en la medida en que le da a él su asentimiento ¿ no deberá acaso negar su contrario, o sea, este mundo, nuestro mundo?"

6

"La voluntad de verdad es expresión de la impotencia de la voluntad para crear" (WzM III 280). El mundo de la ciencia está así contrapuesto al mundo de la vida. La racionalidad es sólo una manifestación de la voluntad de poder:" todo el aparato del conocimiento es un aparato de simplificación y abstracción, no dirigido al conocimiento sino al dominio de las cosas. Fin y Medio son cosas tan distintas del Ser como lo es el Concepto. Con "Fin" y "Medio" se apodera uno del "Proceso" (o inventa un proceso del que se pueda apoderar), y con "Concepto" se apodera de las cosas que forman el "Proceso" (WzM III 226). Esa voluntad de poder no tiene por qué ser conciente ni es racional. Ella emerge de la profundidad de los instintos del hombre , en los cuales (WzM II 187) radica el genio, hasta el punto de que "el hombre sólo actúa a la perfección cuando lo hace instintivamente y esa voluntad de poder no conoce otra ley que la de aumentar el poder. "(WzM III 251) "El criterio de verdad está en el crecimiento del sentimiento de poder".

Pero ¿ cuál es la manifestación de ese poder que tiende a su propio y desmedido crecimiento? "La suprema manifestación del poder es la de determinar valores por los cuales se han de regir los hombres" (WzM IV 460). La tarea del hombre es entonces la de determinar los valores (WzM II 175). La sociología será una doctrina de las formas de dominio, la sociedad será reemplazada por un complejo cultural que expresa preferencias e intereses; la teoría del conocimiento por una doctrina perspectivista de los afectos (WzM II 195)

Asistimos a una radical relativización de la verdad y se nos propone como la tarea propia para el hombre la creación de valores por los cuales él deba regirse. Es cierto que el ideal de Nietzsche tenía un pathos heroico. Pero su ideal se traslada al hombre corriente, porque es capaz de ejercer un irresistible atractivo. Hoy está vigente, cuando se habla de tu verdad y de mi verdad y de la verdad del otro, y no de la verdad a secas; cuando el mundo de los afectos sustituye al de la razón y lo sumerge, cuando la integridad personal y la consecuencia con sus propias ideas y valoraciones se transforma en un criterio más básico que el de la verdad.(Bloom)

7

Este mundo que nos parece tan familiar, esconde pues un grave problema, y es que él está hecho de compartimentos estancos. La comunidad de los hombres, su propia naturaleza común, aparecen relegadas al último plano. No hay una luz capaz de iluminar a todos los valores de los hombres y de traerlos a juicio. Lo tuyo vale tanto como lo mío, y lo uno y lo otro son como las expresiones concientes de un oscuro impulso que brota de los instintos y que busca sencillamente el dominio porque no tiene otra cosa que buscar.

El acto de crear valores no es necesariamente , individual. Nietzsche percibió agudamente que (WzM III 326) "las multitudes se han inventado para hacer aquellas cosas que los individuos aislados no tienen la valentía de hacer. Y por lo mismo las comunidades y sociedades son cien veces más veraces y aleccionadoras sobre el ser del hombre, que lo que lo son los individuos que son demasiado débiles para tener la valentía de sus deseos".

Un mundo en el que las multitudes determinan los valores, y en el que la racionalidad y el manejo científico de la realidad está al servicio de la voluntad de poder. Un mundo sumergido por los afectos, conciente y orgulloso de ser manejado por los instintos; en el que los hombres no se entienden porque manejan "esquemas valóricos" incompatibles sin que esto los perturbe mayormente, antes bien , les aparece como señal de libertad ¿no se parece esto un poco a este mundo, a nuestro mundo?

Nietzsche no es el profeta del nazismo. Es el profeta del nihilismo, y también del nihilismo complaciente de nuestros días. En la más conocida de sus obras, Zarathustra increpa a los hombres en la plaza del mercado, y les predica el advenimiento del superhombre cubriendo de sarcasmo a los "últimos hombres", los que han inventado la dicha, los que viven de su pequeño placer de cada día y de su pequeño placer de cada noche. Y el auditorio le replica pidiéndole que los transforme a ellos en esos últimos hombres y que ellos en cambio le regalarán el superhombre. Si miramos hoy en torno a nosotros, parece que los hombres de la plaza hubieran sido más hábiles que el visionario y se hubieran sustituido al superhombre, para crear sus propios valores y vivir como "los últimos hombres".

8

Pero entonces ¿ porqué nos quejamos de incomunicación cuando la hemos aceptado de partida al aceptar la vigencia posible de todos los valores, lo que es como crear compartimentos estancos en la vida espiritual ? ¿cómo podemos quejarnos de la confusión, cuando previamente, somos nosotros los que hemos desterrado la verdad ? ¿ cómo lamentamos la manipulación, cuando le hemos sustraído al conocimiento humano todo sentido que no sea precisamente ese, y a la verdad toda significación que no sea la voluntad de poder ? Estas no son consecuencias del mundo en que vivimos. Son en buena medida sus supuestos. Un humanismo materialista y nihilista, que es aceptado por la sociedad porque muestra a menudo un rostro complaciente, pero que no deja por eso de ser lo que es. Y en esa perspectiva, hasta la posibilidad misma de una búsqueda válida en el campo de la ética, pierde su sentido.

El Papa Juan Pablo II ha dicho con palabras muy claras que la crisis de nuestro tiempo es una crisis de la verdad. Una crisis de la verdad es una crisis del hombre porque en ella se rompe la verdadera relación de los hombres entre sí, con el mundo y con Dios. La existencia humana no es pensable sin el supuesto de que el hombre es capaz de acceder a la verdad, y de que esa condición es un fundamento de la comunidad humana. Esto es lo que expresó Heráclito de Efeso en una densa comparación al decir que el logos es al entendimiento lo que la ley es a la ciudad: les es común a todos los hombres, y a todos los obliga. Muchos siglos antes de que el idealismo llegara a deformar la relación entre el hombre y el mundo, como si fuera puramente de un sujeto con su objeto, los filósofos antiguos habían visto la especial dignidad que le confiere al hombre su capacidad de conocer la verdad, y habían hecho de la sabiduría un ideal de vida y del sabio una especie de prototipo del hombre.

Sin embargo, el cristianismo aportó aquí una novedad radical. Es cierto que la dignidad del hombre se manifiesta en su capacidad de conocer, en su libertad, en su capacidad de amar. Pero hay algo en esta dignidad que trasciende a sus expresiones. Este es el descubrimiento que los escritos apostólicos entregaron a la meditación de los filósofos. Ellos proclaman que

9

el más encumbrado en la jerarquía evangélica, el preferido, no es el sabio ni el fuerte, sino el niño, el pobre, el enfermo, el enajenado, el excluido por la lepra o por la execración social como el publicano. Cuando Isabel recibe la visita de María su prima, llama su "Señor" a un embrión al que esta llevaba en sus entrañas. El anuncio derriba las barreras de los prejuicios nacionales o sociales, declara acogidos a la cananea, al centurión y a los paganos, y propone como modelo a un extranjero despreciado, el buen samaritano. Y esta novedad no ha surgido por un azar en un momento de la historia, sino que pertenece al designio de Dios, desde toda la hondura de la eternidad.

Cada hombre se halla entonces, constituido por una relación única, inconmutable, irrepitable, con Dios que lo llama a la existencia. Es el quien le confiere a cada uno una especial dignidad, que no puede condicionarse a nada. Es el acto del Creador, la relación constituyente que establece a las personas, núcleos irreductibles de individualidad, pero esencialmente abiertos a una relación en el conocimiento y el amor. Es una manera, tal vez muy pobre, pero aproximada de retomar la fórmula de Boecio que adoptó Tomás de Aquino para definir a la persona: "naturae rationalis individua substantia". Substancia individual, irrepitable establecida por el acto creador personal para cada hombre; naturaleza racional, abierta a la verdad sobre el mundo, el hombre y Dios.

No es raro que no se pueda abordar este problema sin recurrir explícitamente a los datos de la Revelación cristiana. No hay ninguna duda de que la noción misma de persona, y la valoración de la persona son dos contribuciones centrales del cristianismo a la filosofía y a la antropología. Y es en esta noción donde se funda a mi entender la posibilidad de un mundo que sea verdaderamente común a todos los hombres, y de un hombre dotado de su plena dignidad.

La noción de persona toca así a lo que hay de propiamente misterioso en la existencia humana. Misterio no significa principalmente un secreto, sino algo oculto e inefable, pero que constituye un camino hacia una realidad más plena. El Concilio Vaticano II ha dicho que "sólo en el misterio de Cristo empieza a aclararse el misterio del hombre". La doctrina de la fe enseña que

10

Cristo es perfectamente hombre, de modo que en Él, el estar completamente en y con Dios, no suprime su ser hombre sino que lo eleva a su máxima posibilidad. Para todas las circunstancias del hombre, desde su concepción hasta su muerte, para su vida individual y social, para sus relaciones humanas, se descubre en Cristo cuál es el sentido, querido por Dios para ellas. Y especialmente se descubre el sentido de las situaciones límites, de las que no tienen valor funcional, de las que no pueden encajar dentro de ninguna cadena de fines y de medios, y que parecerían pertenecer al dominio de lo absurdo, como el dolor y la muerte.

La comunidad que se establece por el acceso posible a la verdad, es la que hace que los hombres puedan conocer las leyes de su conducta y valorar los actos que cometen. Esto no significa un conocimiento infalible ni absoluto. Los principios éticos, como los primeros principios del entendimiento son inmediatamente aparentes. Pero su despliegue, su formulación acabada, el descubrimiento de su articulación y de su aplicación a situaciones concretas, requiere de un largo trabajo y de un esfuerzo histórico y colectivo de la humanidad, igual - lo repito - que lo que ocurre con los principios primeros del entendimiento - accesibles inmediatamente a la razón - pero de los cuales no se deduce sin más el conjunto de los conocimientos. Hay un margen para el error. Pero, como lo decía antes, creo que renunciar a la posibilidad de acceder a la verdad es renunciar a la condición humana.

Por eso, es que yo quisiera expresar mi convicción de que la primera muestra de respeto del médico por la persona humana ha de buscarse en su preocupación conciente y reflexiva por entender esa entidad misteriosa, la más próxima y la más distante para cada uno de nosotros. La pura consideración racional del hombre nos muestra que a él le es necesaria una apertura hacia una realidad que lo trasciende. La Revelación cristiana enseña que esta realidad se ha hecho presente entre nosotros, y que ella se hace misteriosamente operante en las situaciones límites en que el médico desenvuelve normalmente su acción. La angustia, la enfermedad, el dolor y la muerte son, desde Cristo, un lugar propio del encuentro con la dignidad de la persona, y en ese sentido, el médico ocupa un lugar privilegiado, testigo de la manifestación de una cosa inefable.

Sólo podrá asumir ese lugar si él ha asumido en su integridad la condición humana, la comunidad de los hombres en el servicio de la verdad, y la relación concreta con el prójimo en el amor.

Epílogo

Por eso, la indagación sobre la Etica que brota del ejercicio concreto de la Medicina, es una contribución a la humanización de toda nuestra civilización, y esfuerzos como el de este Congreso, significan un aporte que trasciende los límites de una profesión.

Entre tantos signos negativos que rodean a la consideración del hombre en nuestros días, hay que anotar por lo menos uno que es positivo, y es que la misma conciencia del inmenso poder de la Ciencia y de la Tecnología, lleva a los hombres que reflexionan, a una situación límite en la que no les parece ya lícito ignorar su responsabilidad moral por el destino humano. Para esta Universidad, es una gran satisfacción poder albergar en este año de su Centenario, a un Congreso que apunta en esa perspectiva, y, junto con agradecer la presencia de distinguidos visitantes, les deseo a todos el mejor éxito en sus deliberaciones.